

Y la voz silenciosa se ha extinguido  
como un perfume, y en la paz inmensa  
de la Noche profunda, sólo escucho  
los trémulos latidos de mis venas.

LA ELEGIA DE LAS CAMPANAS

## I

A través de las callejas la tormenta brama y muge,  
chilla, aulla, clama y ruge,  
cual un monstruo que tuviese la voz múltiple del mar.

El vetusto maderamen á su empuje  
choca y cruje;  
y los muros  
mal seguros  
ceden, tiemblan, se estremecen,  
y parecen  
que se van á desplomar.

Nuestra casa es como un barco, sin timón, desarbolado,  
por los vientos combatido, por las olas arrastrado,  
que se entrega dando tumbos á merced del huracán,  
mientras tristes, somnolientas y lejanas,  
en los negros campanarios doblan lentas las campanas  
por aquellos que se fueron y que nunca volverán.

## II

¿Qué ruido me despierta?  
 ¿Qué rodilla saltar hizo los herrajes de mi puerta?  
 ¿Y qué viento de pavor

con su brusco soplo helado  
 la luz tímida y medrosa de mi lámpara ha apagado,  
 erizando mis cabellos y mi carne de terror?

¿Quién se acerca hasta mi lecho, y qué olor á sepultura  
 ha invadido la negrura  
 de mi pobre habitación?

¿Que voz trágica me nombra,  
 y la mano de qué sombra  
 estrangula mi garganta y me oprime el corazón?

¿Es, quizás, un asesino  
 que al mirar desde el camino  
 el reflejo de mi lámpara destellando en el cristal,

forza el hierro de la puerta,  
 se desliza cauteloso por la sombra y me despierta  
 apoyando sobre el pecho la frialdad de su puñal?

¿Es un súcubo que avanza, paso á paso, cauteloso,  
 se introduce entre mis ropas y perturba mi reposo,  
 oprimiéndome en sus brazos, anhelante de sorber

hasta el último latido de la sangre de mi vida?  
 ¿O es el alma impenitente de algún trágico suicida  
 que en la noche el aposento de su crimen, vuelve á ver?

Un sopor de fiebre el ímpetu de mis nervios paraliza,  
 algo tibio y pegajoso por mi cuerpo se desliza  
 como sangre que manase de una herida sin cesar.

En un mar de negras sombras aterrada el alma gime...  
 Siento un peso que me ahoga y una mano que me oprime  
 con tal fuerza la garganta que no puedo respirar.

## III

¿De quién son esas pupilas cuya intensa luz me pasma,  
que se acercan y se alejan, cual los ojos de un fantasma  
que volase con las alas extendidas sobre mí?

Y mi cuerpo se contrae, se retuerce enfurecido,  
como ciervo por los dientes de los perros perseguido  
que con ímpetu furioso corre ciego hasta morir!

Y es tan hondo mi quebranto y tan viva mi amargura  
que parece que mis huesos romper quieren su envoltura  
y la sangre de mis venas va en un vértigo á estallar!

Y me siento de repente tan inmóvil, tan helado,  
cual cadáver bajo el hielo de la tierra sepultado,  
como un muerto que flotase, á la luna, sobre el mar.

Mas de pronto, como al eco de una voz pura y divina  
se disipa el maleficio, y mi alcoba se ilumina  
de una vaga claridad.

Y de luz toda vestida, hasta mí llega ligera  
la perdida compañera  
que en los tiempos más felices alegró mi soledad...

La visión pura y radiosa  
que duró lo que una rosa;  
y al morir entre mis brazos para siempre me dejó  
un perfume de ternura,  
tan intenso y tan suave que aun impregna de frescura  
mi doliente corazón!

## IV

¿A qué vienes á estas horas ¡Oh, visión siempre esperada!  
si es más triste y pavorosa la quietud de mi morada  
que la paz de tu ataúd;

si mi brazo está tan débil que no puede sostenerte,  
si á la misma sepultura, en el día de tu muerte  
con tu cuerpo se llevaron á enterrar mi juventud?

Yo fuí joven á tu lado; en tus brazos yo fuí bueno;  
¡y anhelaba tantas glorias inmortales en tu seno!...  
En tu ánfora, al sediento, le brindaste qué beber...

Y hoy estoy tan abatido...  
¡Desde el día de tu muerte de tal modo he envejecido,  
que si vuelves á mirarme no me vas á conocer!

Sólo en ti piensa mi alma, en lo largo de esta ausencia,  
en lo helado de tu tumba, cual si toda mi existencia  
á tu lado, bajo tierra, se pudriese en tu ataúd...

Y mis tristes pensamientos, son cipreses arraigados  
en un viejo cementerio, hasta el cielo levantados,  
cual si en él buscar quisieran un consuelo á su inquietud!

## V

¡Oh, mi eterna compañera! Ave errante, ¿dónde has ido?  
Al mirar lo que tardabas mi dolor deshizo el nido,  
y hoy te espero á la ventura sin saber por dónde iré...

Y yo sé que espero en vano...  
Ya no hay mano que sostenga la tristeza de mi mano,  
ni hay un palmo de terreno que pisar pueda mi pie!

Todo, todo se ha deshecho. Todo, todo se ha perdido  
con tu sombra en las tinieblas pavorosas del olvido...  
Fué un relámpago la dicha, y tornó la obscuridad...

Y de nuevo el pasajero,  
con los pies ensangrentados, á la vuelta del sendero  
se detiene condolido de su propia soledad...

¿Por qué dura su perfume, si agostada está la rosa?  
Tú en el polvo de la fosa  
estás muerta para todos, pero vives para mí!

Y yo vivo para el mundo,  
pero oculto en el sepulcro del misterio más profundo,  
estoy muerto para ti!

## VI

Como nadie ya me quiere,  
no hay sonrisa que me espere  
en las puertas del hogar...

Ten piedad del ave herida  
que atraviesa desangrándose y sin fuerzas, por la vida  
sin saber en qué desierto ó en qué nido ha de expirar

Nuestra casa es como un barco, sin timón, desarbolado,  
por los vientos combatido, por las olas arrastrado,  
que se entrega, dando tumbos, á merced del huracán,

mientras tristes, somnolientas y lejanas,  
en los negros campanarios doblan lentas las campanas  
por aquellos que se fueron y que nunca volverán!

## EL HOGAR VACÍO

Á MI HERMANA LEONOR

## I

Mes de los Muertos! Lentas  
sollozan las campanas...  
Llueve... Lloran del viento  
las fugitivas ráfagas  
al deshojar las últimas  
rosas de mi ventana...

Mes de los Muertos! Nadie  
en la desierta casa  
viene á rezar conmigo...

Una tumba es mi alma,  
sin flores, en un viejo  
cementerio olvidada...

Recuerdo: Ella, ante un Cristo  
de rodillas rezaba  
por todos los que duermen  
bajo la tierra santa.



Yo á su lado leía  
 á la luz de la lámpara...  
 De súbito, mirándome,  
 me dijo con voz baja:  
 —¿Quién cuando yo me muera  
 rezará por mi alma?

¡Qué triste está su tumba,  
 que sola y que lejána!..  
 No habrá sobre ella flores,  
 ni una cruz, ni una lápida!

Rezemos, sí, rezemos...  
 Rezar es recordarla,  
 y en mis labios su nombre  
 es la mejor plegaria!..

Mes de los Muertos! Lentas  
 sollozan las campanas.  
 Lluève... Lloran del viento  
 las fugitivas ráfagas  
 al deshojar las últimas  
 rosas de mi ventana! .

## II

Silencio! La lámpara,  
 con su luz tan tenue,  
 á escribir invita  
 versos á la Ausente  
 que hace tanto tiempo  
 que espero y no vuelve!

¿Estuvo en mis brazos  
 ó fué solamente  
 un sueño que apenas  
 soñado se pierde?

Sólo sé que á ella  
 mi vida le debe  
 las únicas horas  
 tranquilas y alegres.

Y que una mañana  
de sol refulgente  
—realidad ó ensueño—  
se fué para siempre!

Amor y riqueza,  
gloriosos laureles...  
Juventud, sin ella  
¿para qué los quieres?

Las horas son siglos...  
Su ausencia me tiene  
viviendo sin vida,  
muriendo sin muerte.

Y no sé si es Ella  
ó soy yo, quien duerme  
en la tierra santa  
bajo los cipreses!...

Silencio!... La lámpara,  
con su luz tan tenue,  
á escribir invita  
versos á la Ausente  
que hace tanto tiempo  
que espero y no vuelve!

## III

En los labios besos,  
en los ojos lágrimas...

Su cariño era  
claridad, fragancia;  
sus manos dos lirios  
en flor; sus palabras  
dulces ruiseñ ores  
de Abril que alegraban  
con su voz el triste  
jardín de mi alma...

Fué su vida un sueño  
que disipa el alba...

Su amante recuerdo  
se va en la distancia

borrando, fundido  
con otras amadas  
memorias perdidas  
de cosas lejanas...

Y ya es tan confuso  
que no sabe el alma  
si ha sido mi esposa,  
mi madre ó mi hermana...

## IV

En la casa cerrada,  
sin risas y sin besos,  
aún flota como un vago  
perfume su recuerdo.

La esperan los sillones;  
está el piano abierto,  
y aún copian su sonrisa  
los antiguos espejos...

Hay algo suyo en estas  
paredes que sintieron  
apagarse su última  
palabra en el silencio...

Hay algo suyo, hay algo  
en estos muebles viejos  
que aún guardan en sus sedas  
las huellas de su cuerpo...

El libro que su mano  
dejó en la mesa abierto,  
la labor comenzada,  
el solitario lecho,  
parece que en las sombras  
evocan su recuerdo!

¡Pobre niña enlutada  
que abrazada á mi cuello  
te duermes, sonriente,  
al rumor de los rezos...  
¡No volverán sus manos  
á alisar tus cabellos!

Cuando tu voz la llame,  
responderá á tu acento  
alguna voz de lágrimas:  
—¡Tu madre está en el Cielo!

En la casa cerrada,  
sin risas y sin besos,  
aún flota como un vago  
perfume su recuerdo!

## V

Sin ella ¡qué triste  
está nuestra casa!

La sonrisa ha huído  
de los labios...

Lágrimas,  
suspiros, sollozos,  
las puertas cerradas...

¡Parece un sepulcro  
nuestra vieja casa!

Cuando nos sentamos  
á la mesa, pálidas  
las tristes mejillas,  
los ojos con lágrimas,

al mirar su asiento  
 vacío, en voz baja  
 todos sollozamos:  
 —¡Allí se sentaba!...

Silencioso, á veces  
 penetro en su estancia,  
 creyendo que en ella  
 soñando me aguarda,  
 sonriente el labio,  
 las manos cruzadas,  
 y la cabellera  
 negra destrenzada  
 sobre la blancura  
 de las almohadas.

Del clave las viejas  
 teclas empolvadas  
 aún las ténues huellas  
 de sus dedos guardan;

y un libro de versos  
 conserva en sus páginas,  
 el triste perfume  
 de su última lágrima.

Á veces la niña  
 llorando la llama.

La busca en la alcoba  
 donde ella bordaba,  
 y me balucea  
 con'su rota charla:

—Mamá se ha escondido...  
 ¡Dile tú que salga!...

Sin ella ¡qué triste  
 está nuestra casa!

## VI

Dormida entre rosas,  
lirios y azucenas,  
era como una  
Primavera muerta.

Las manos más blancas  
que los lirios eran,  
y el rostro más pálido  
que las azucenas.

Un agrio perfume  
de rosas ya secas,  
perfumaba el aire  
de vagas tristezas.

Y de los blandones  
á las luces trémulas,  
dormida entre rosas,  
lirios y azucenas,  
era como una  
Primavera muerta.

## VII

Se ha dormido la casa  
ciega de tanto llanto...  
El silencio, el latido  
del péndulo ha parado.

Sólo un rayo de luna  
besa el blanco teclado  
en cuyo polvo quedan  
señales de sus manos.

Su cuerpo se fué. El alma  
se quedó en el piano...

¿No la oís, en la noche  
sollozar, evocando  
el dolor de la música  
que me dejaba pálido,  
al inclinar mi frente  
de pena entre las manos?

¡Chopin! ¡Chopin!... ¡Qué triste  
tu corazón, hermano  
de este corazón mío  
que tiembla como un pájaro  
que se encuentra sin nido  
al regresar al árbol!

Un perfume de rosas  
asciende de los campos,  
y me evoca el perfume  
de sus rizos castaños...

Aquel vago perfume  
que al cerrar con mis labios  
para siempre sus ojos,  
preso quedó en mis manos...

¡Oh, tú, sombra enlutada  
que conteniendo el llanto  
te acercas á las teclas  
con silenciosos pasos...  
no profanes su eterno  
silencio con tus manos!

Al más pequeño ruido,  
al más leve contacto  
se escapará su alma  
dormida en el piano...

La luna muere. Y ella  
se acerca. Oigo sus pasos  
no por la sala, dentro  
del corazón cansado...

¿No la ves, en la sombra,  
con su vestido blanco,  
la cabellera suelta  
y el índice en los labios?